Los Impresentables

de Tomás Afán

Domingo Miras

Los Impresentables

de
Tomás Afán

Premio
VIII Premio de Teatro Serantes

Edita
Artezblai

Colección
Textos Teatrales. Bilbao, febrero 2008. 88 págs.

ISBN
978-84-935646-6-7

El poderoso faro de la patrística San Clemente de Alejandría solicitó de las alturas la oportuna información sobre la época en que el reino de Dios se establecería sobre la tierra, y obtuvo la siguiente respuesta: «Eso será cuando dos no sumen más que uno, cuando lo de fuera se parezca a lo de dentro, y cuando no haya macho ni hembra». A la vista de tales señales, Voltaire entendió que tal cosa no sucedería nunca. Pero nosotros, en nuestra modestia, ocupamos una oposición histórica que nos permite la osadía de contradecir al castellano de Ferney para proclamar gozosos que el reino de los cielos ya está entre nosotros.

Sus arcangélicas avanzadas llegaron tal vez con el cubismo hace cosa de un siglo; luego vinieron las sucesivas oleadas de surrealismo, dadaísmo, escritura automática, abstraccionismo, conceptismo, sin hablar de la antimateria, la cuántica, las cuerdas, y demás celestes milicias que fueron ocupando el mundo de manera que ya hace tiempo que podemos decir que las condiciones que San Clemente recibió como señales ciertas de la venida y establecimiento del reino de Dios en la tierra están plenamente cumplidas y dan fe, por tanto, del felicísimo estado del mundo que habitamos.

La gozosa proliferación de lenguajes artísticos ha hecho posible que nuestras vidas estén permanentemente bañadas en belleza, la hermosura nos rodea dondequiera que vayamos, puesto que todo es arte: incluso se ha inaugurado hace poco un museo que está totalmente vacío, y el visitante debe admirar ese vacío precisamente, pues en el vacío consiste la expresión artística que el museo exhibe. Se podría tal vez pensar que hay productos que hubieran estado mejor en estado de nonatos, y ese vacío que pudo ser y no fue es el representado en el museo huero; no sé, tal vez, quién sabe, es muy probable que lo que yo hago hora mismo está rebajando el valor del papel en blanco que estropeo, por qué no. Eso pensaría probablemente mi colega Tomás Afán si yo dijese en esta reseña que su obra *Los Impresentables* no me ha gustado, así que me guardaré mucho de hacerlo. Debo decir que es buena y lo diré, pero antes quiero reflexionar otro poquito.

Dice José Ángel Valente en su libro *Las palabras de la tribu*, hablando del poeta Ángel González (y lo decía hace mucho tiempo, como se ve por el contexto): «Un poeta joven es, sin duda, tan sensible al elogio como cualquiera. Pero tal vez no sea el elogio lo que más agradece si hay algo de verdad en él, sino el haber ganado un lector atento». Si consideramos que un dramaturgo es también un poeta a su manera (así se llamaban en el Siglo de Oro y así se les incluye en la *Poética*) y que Tomás Afán nació en el año 68, lo que le da una edad de cuarenta y un primaverales añitos, la cita de Valente le viene al pelo. Quería yo decir con esto que he leído su obra atentamente, pero ahora caigo en que lo que a Afán le sobran son lectores atentos, pues ha ganado muchos premios cuyos jurados, sin duda, le han leído con tanta atención como pueda ser la mía, así que yo he sido tan solo uno más y, sin duda, el más modesto.

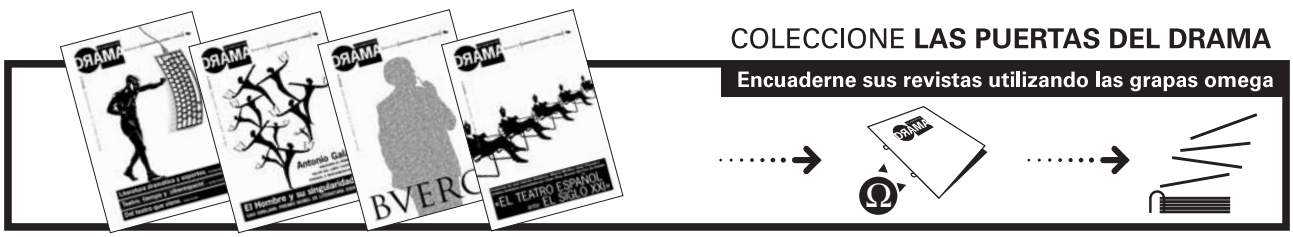
Leámosle, pues, con atención. Ya, desde el principio, su prologuista Carlos Gil Zamora nos hace saber que el autor «quizá esté cazando renacuajos o lanzando con un tirachinas a los pajarillos del cable de la luz». Si lo dice su prologuista, será verdad, pero la vida privada del autor con sus cacerías de renacuajos debe permanecer al margen de nuestra labor, que por ahora se ciñe, como decía, a la atenta lectura de su obra.

Lo primero que nos encontramos es un prólogo terrible (no, no es el de Carlos Gil Zamora) sobre la enfermedad terminal. Y luego se presentan tres actores que también son los autores del prólogo precedente y de todo lo que vendrá después: «Somos un grupo de autores y creadores que queremos revolucionar el arte y la cultura del siglo XXII (el XXI se nos ha quedado ya chico)», y a continuación se califican a sí mismos de Impre-

sentables con mayúscula, a guisa de apellido: Pepe Impresentable, Richard Impresentable y Paqui Impresentable. ¿Quiénes son estos tres Impresentables? No nos lo dicen; lo tendremos que adivinar por lo que hablan y, sobre todo, por lo que hacen. ¿Y qué hacen? Jugar.

No hay duda, son unos adolescentes que juegan al teatro. Unos jovenzuelos que se divierten haciendo teatro desinhibido y crítico. Esa voluntad crítica excluye la posibilidad de que sean payasos, y la desinhibición les impide ser unos respetables cincuentones. Son adolescentes, eso está claro, su lenguaje les delata. Y los mozalbetes se inventan historias, las escriben y las ensayan. Historias elementales, mínimas, jocosas, con intención crítica y lenguaje coloquial de tipo juvenil, como corresponde a los personajes que lo emplean.

Estamos, pues, ante el típico recurso barroco del teatro en el teatro, con todas sus notas y detalles: Tomás Afán ha creado a tres personajes impresentables, les ha dicho «haced lo que podáis», y ellos, encantados. Los tres chicos se lo pasan en grande haciendo lo que se les ocurre y arreglando el mundo desde su fiesta colegial. Naturalmente, el teatro que hacen los muchachos es un teatro prácticamente infantil, hasta el punto de que, al leer, se tiene a veces la duda de si no se estará leyendo un teatro para niños, aunque los temas de la violación, el ateísmo, el terrorismo, etc., las disipen al punto. Los chicos se proponen hacer teatro de adultos, y no solo eso, puesto que uno de ellos dice nada menos que lo siguiente: «Nuestra obra es algo más que teatro. Es compromiso social. Imagínate que todos los autores que han hecho progresar la literatura se hubiesen rendido ante las presiones externas, en qué mundo de mierda viviríamos, qué triste literatura habríamos heredado si todos los grandes innovadores hubieran cedido ante la censura». Y, tras la reflexión colectiva, dirá la chica: «Está bien, me habéis convencido, estrenaremos *Viagra con leche en polvo en el Harén (el sexy vodevil exótico del año)* en versión íntegra, y sin ningún corte. Porque la literatura y el arte dramático no deben estancarse. ¡Qué coño, seremos mártires de la cultura!».

Evidentemente, no es una obra infantil, ¡pero se parece tanto! Claro que, ahora que tenemos plenamente establecido el reino de Dios en este mundo, la fronteras entre el teatro infantil y el de adultos se han diluido tanto que lo de fuera se parece a lo de dentro y lo de dentro se parece a lo de fuera, lo mismo que pasa con todos los demás géneros teatrales y artísticos y, si me aprietan un poco, hasta sociales y políticos, por no hablar de la frontera entre economía pública y privada, que eso ya es el acabose.

No me extraña que Tomás Afán haya querido satirizar el teatro adulto-infantil que ahora se está haciendo, y prudentemente haya interpuesto sus tres Impresentables para que sean ellos quienes lo hagan mientras él se lava las manos. Y lo satirizan muy bien, son enormemente divertidos y a veces no se puede evitar la risa; hay que felicitar al autor (ahora llega ya el momento de las alabanzas, después de la atenta lectura de que hablaba Valente) por la gracia con que sus criaturas se mofan del novísimo teatro que trata temas actuales desde niveles escolares. Felicidades. ■